



CRÍTICA DE TEATRO

No se rían, que es peor

LA CABRA O ¿QUI ÉS SYLVIA?

Autor: Edward Albee
Director: Josep Maria Pou
Intérpretes: Josep Maria Pou, Marta Angelat, Blai Llopis y Pau Roca
Lugar y fecha: Teatre Romea (1/XII/2005)

JOAN-ANTON BENACH

Ante el estreno mundial de *La cabra o ¿qui és Sylvia?* que tuvo efecto

hace tres años en Nueva York, Edward Albee (Washington, 1928) se descolgó con esta coquetería: "Finalmente -dijo- he escrito la obra que me expulsará del teatro americano". Era como proclamar que, a su años, seguía en pie de guerra y que ninguna de sus anteriores travesturas podía compararse a la última sonora provocación que lanzaba al rostro de sus contemporáneos, "Finalmente". El adverbio delataba bien a las claras que *La cabra* se había perpetrado con premeditación y alevosía. Encendida en el seno de

una acomodada familia de la burguesía liberal, la dinamita estallaría después de descartar todas las disquisiciones posibles en torno a las causas y los efectos de las crisis conyugales más comunes. La acidulenta *Virginia Woolf*, escrita por Albee cuarenta años atrás, quedaría como un pio rosario rezado al calor de la lumbre hogareña; *El sueño americano*, como un leve cosquilleo incordiante al sistema, y la célebre y primeriza *Historia del Zool*, igual que una página viscida.

Lo sustancial de *La cabra* se ha di-



DAVID RUANO / TEATRE ROMEA

Pou y Angelat, en *La cabra*...

vulgado estos días. Martin, un triunfante arquitecto cincuentón con complejo de viejo se ha enamorado del animal. Enamorado de una cabra: tal como suena. En los treinta o cuarenta minutos centrales de la obra, y desde que Stevie, la esposa, recibe el notición, el autor parece entregarse a la sintaxis de una tragicomedia, simplemente subida de tono. Los reproches, lamentos y protestas de la mujer surgen de la estupefacción por lo que parece, tan sólo, una desdichada expansión zoológica. Stevie queda un poco demasiado angelical, como ignorante de las muchas prácticas *anti natura* que nos decía Luño Peña, el catedrático de Derecho Natural, enterradas en los cementerios de perros -y perras- de algunas sociedades industriales *desarrolladas*, ignorante de los desmanes documentados que se producen en los zoolos, de los alivios sexuales que ocurren en las oscuras soledades campesinas y pastoriles...

Stevie, desde luego, no parece que viera en su día el *Teorema*, tremendo, de Pasolini. En el rechazo y la ira de Stevie por la conducta del marido se ve el truco de Albee, una argucia, no tan sólo legítima, sino endiabladamente hábil. Con ella, el autor conseguirá que las inevitables carcajadas del público, a causa de las aristas frívolas que puede tener el problema, queden progresivamente congeladas hasta poblar la sala del teatro de numerosas y avergonzadas estatuas de sal. Edward Albee nos habrá engañado. No. No es una tragicomedia, la obra. *La cabra* es una tragedia tan formidable como descorazonadora.

Que la hipócrita moral social que de patas arriba no sería demasiado nuevo si esa Sylvia caprina no levantara, al mismo tiempo, las barreras infranqueables ocultas en el corazón humano, contra las que se estreñan la comprensión y la confianza

Josep Maria Pou, director e intérprete soberbio, nos ha regalado el que tal vez sea el mejor placer de la actual temporada teatral

mútuas, propias de una relación sencillamente óptima. Hasta llegar a la escena última, de un patetismo desolador, con la pareja anonadada, desconcertado el íntimo amigo Ross, un bocazas, y Billy, el hijo homosexual, dolorosamente hundido, el texto de Edward Albee nos habrá deslumbrado con una maestría coloquial extraordinaria y un vaivén maliciosamente equívoco con el que ha construido, paso a paso, un producto dramático de gran calado. Un obra dura, saludablemente emotiva, impregnada de una saludable profilaxis.

Y hasta ese final, Josep Maria Pou nos habrá regalado tal vez el mejor placer teatral de la temporada, envuelto en una sabia escenografía de Joaquim Roy. Productor, director, traductor e intérprete principal de *La cabra*, Pou alcanza un sobresaliente en todos estos menesteres. Su interpretación del atormentado Martin, contenida, matizada, me parece soberbia. Como la de Marta Angelat, una Stevie que debe abrazar registros muy contrastados y que en cada uno de ellos, créame, triunfa brillantemente. Un papel inolvidable. No recuerdo de Blai Llopis una mejor actuación que la del amigo torpe y pusilánime que desata la tragedia. Espléndido Pau Roca. Para un gran texto, pues, una gran interpretación de conjunto y una dirección impecable: limpia, exigente, efectiva.

La entusiasta ovación y los muchos "bravos" que anteanoche se escucharon tras la representación en el Teatre Romea, son un anticipo del éxito que merece esa muy gratificante aventura capitaneada por Josep Maria Pou. ●